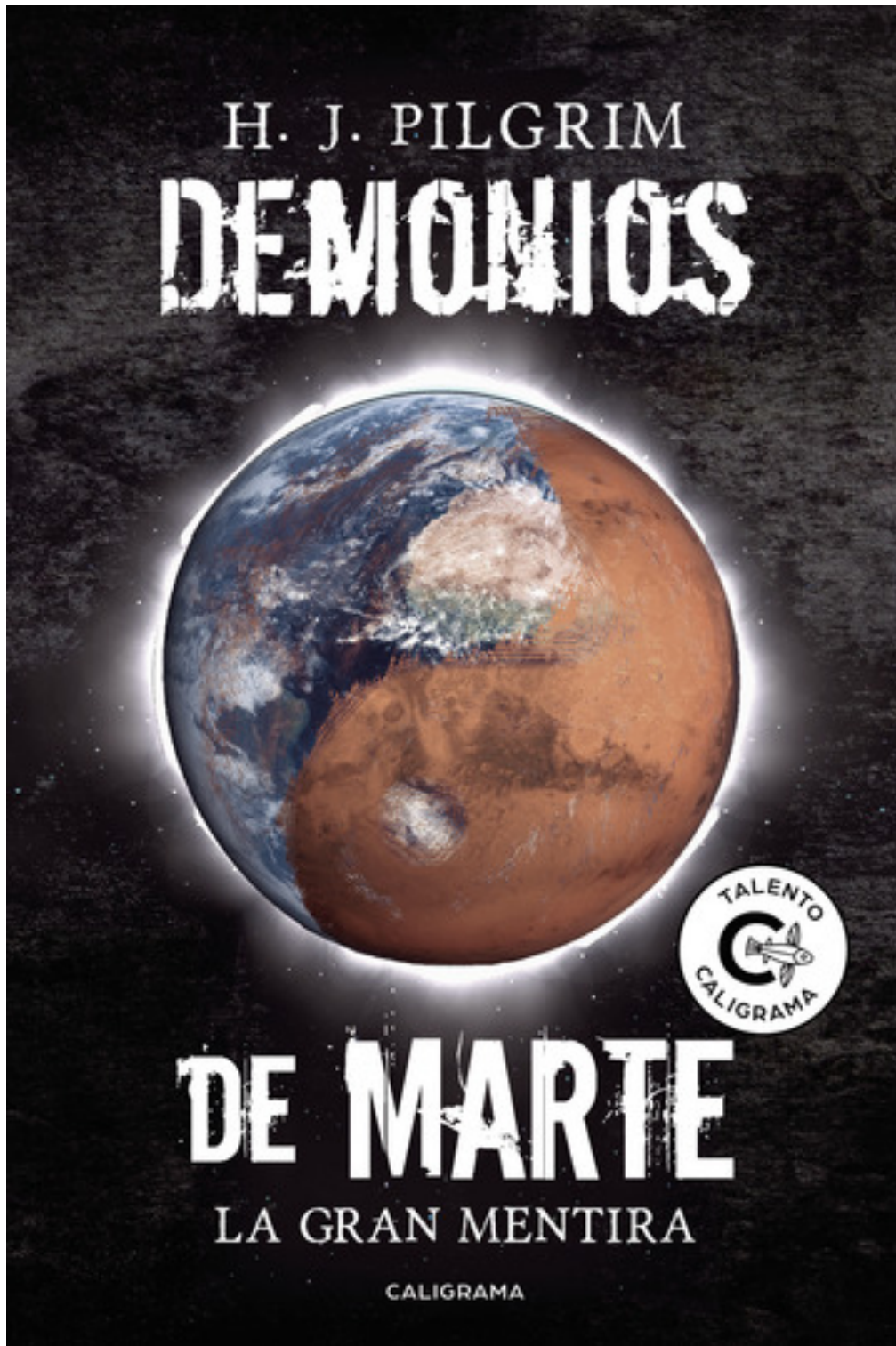


# Demonios de Marte: La Gran Mentira

H.J. Pilgrim



## Capítulo 1

Estaba llegando muy temprano a casa de sus tíos. Demasiado pronto para su gusto. El reloj apenas marcaba las seis de la mañana y eso se hacía notar en su solitaria calle barrial. «O están todos festejando en otro lado, o están durmiendo la mona», dijo la joven con la mente nublada.

—¡Que te follen, Año Nuevo! —gritó mientras se tropezaba con una botella de cerveza—. ¡Oh, Dios! Podrían haberla tirado en el contenedor de reciclaje.

En la Buenos Aires del 2060 todavía quedaba gente sucia. Mal día para dar de bruces con esa realidad. Ella no era una ciudadana modelo ni mucho menos, pero trataba de colaborar con el medio ambiente. «Después de todo lo que le hicimos tras la Guerra del Óleo», había lamentado Cielo en varias ocasiones.

—Ahí estás mejor —sentenció una vez introdujo la botella en el contenedor, tras el tercer intento.

Esta vez había bebido más de la cuenta. Tenía sus motivos para hacerlo. «Toda mi vida es una jodida y deprimente razón». ¡Deberían hacer una película sobre ella! Adolescente huérfana de padres asesinados, drogadicta y de relaciones muy abiertas. «¡Qué gran película podrían hacer de mí!». ¡Ah! Y, para colmo, era su cumpleaños.

—¡Feliz cumpleaños! ¿Dónde están mis putos regalos?

Dudaba que aquel día tuviera al menos uno que la alegrara lo más mínimo. Lo que sí no le faltarían serían sus elementos de diversión habitual. Porque ni los amigos —de los que carecía— ni la familia —que realmente no era su familia— la ayudaban a olvidarse por un segundo de lo miserable que era. Y aquella noche había abusado de todos sus vicios. En un momento dado, había abierto los ojos y se había descubierto tan despreciable que no pudo permanecer ni un segundo más en el albergue transitorio con su actual pareja. «Futura expareja. Me harté de Yeimi. ¿Yeimi? Su nombre es Jaime. ¿Por qué carajo lo pronuncia en inglés? Estamos en Argentina, no en USA. ¡Qué idiota! —Jaime había conseguido acabar con su paciencia. Era un niñato que solo se enorgullecía de que su miembro de adolescente se mantuviera duro durante toda la relación. Apenas se preocupaba si ella alcanzaba el orgasmo—. Típico egoísmo masculino que irá en aumento con el paso de los años».

Ella sabía que no era amada. Simplemente estaba en aquella época en la que, o los muchachos se la pasaban masturbándose, o buscaban una mujer para que lo hiciera por ellos. Cielo era una chica linda que cumplía todos los requisitos para que un creído alardeara con sus compañeros de

habérsela beneficiado, aunque Cielo tampoco esperaba casarse con Yeimi. «No fue más que un entretenimiento para mí. —Un entretenimiento que iba a terminar—. ¡Joder! Ni me regaló nada por mi cumpleaños».

Muchos pensaban de ella, haciendo psicología barata, que permitía que los hombres entraran en su cama para suplir la ausencia de sus padres. «Son palabras bastante fáciles de decir. —Pudiera ser cierto. También era una búsqueda de placer. Jamás había hecho nada que no quisiera. Nadie se atrevería a forzarla. No en vano, conocía varias artes marciales—. No te regalan el cinturón negro en mis dojos».

Al mirar al firmamento, se halló con un sol que daba sus primeras señales. La oscuridad estaba convirtiéndose en un azul marino profundo. En breve tomaría un color anaranjado claro antes de adquirir el celeste color de su bandera.

—¡Oíd, mortales, el griiiiito sagraaaado! —cantó con la lengua curiosamente trabada—. ¡Libertad, libertad! ¡Libertaaaaad!

Era inaudito que nadie se hubiera levantado para gritarle que se callara. No iba a destacar aquel día por su regreso silencioso. Ya se imaginaba la fiesta que harían los vecinos el día que se mudara. «Espero que más pronto que tarde. —Así podría quedarse más tiempo en la cama sin que nadie la reprendiera por ello. Podría fumar, emborracharse y estar con el chico o la chica que quisiera sin sentir que en cualquier momento podría ser interrumpida—. ¡Dos años! Tan solo tengo que esperar dos años», se lamentó.

Llegó a la puerta de su casa, a varias manzanas de la intensa avenida Mitre en Wilde, sin oír ninguna señal de vida excepto a ella. «Compadezco a los desgraciados que trabajen un día como hoy. —Siempre había algún pobre diablo cuyos jefes, o responsabilidades, le obligaban a olvidarse de que era una fecha de celebración—. Y descanso, claro».

Le costó varios intentos encajar la llave electrónica en la cerradura. «No entiendo cómo este hombre no puso la cerradura táctil. Rata. No es tan cara». Un minuto de férrea concentración; después, la llave se insertaba para finalmente recalar en aquella casa que no sentía como propia.

—Hogar, agrio hogar —susurró mientras se reía de su propia ocurrencia—. Mis die-dieciséis años vinieron con mucho ingenio.

Sin dilación se encaminó directamente hacia el cuarto de baño. En el camino se chocó con el recibidor, una de las sillas que circundaban la mesa del salón, el sillón, la arcada que la conducía al pasillo y la puerta de entrada al baño.

—Perdón a los que pueda estar despertando. ¡Aburridos! —expresó mientras trataba de discernir qué clase de persona amargada estaría durmiendo en un día como aquel—. Bueno, ahora yo también me voy a dormir.

Se bajó el tanga, se sentó en el inodoro e hizo pis sin preocuparse en cerrar la puerta. «Estoy borracha, ellos durmiendo. ¿Para qué cansarme? —Se limpió, se levantó y no tiró de la cisterna—. Mira, soy tan buena que hago regalos en mi cumple».

Arrastró los pies hasta llegar a su dormitorio. Empujó la puerta y se introdujo en el lugar más desordenado que había conocido en su vida. «Creo que preferiría vivir en una pocilga. —Había mudas de ropa y zapatos en el suelo, escritorio y en la cama sin hacer. Las puertas de su armario de pino estaban abiertas, una de las hojas ligeramente desvencijadas tras un día de locura del que Cielo no recordaba nada—. Creo que ese día traje a Facu. Bostero idiota».

Cerró la puerta sin hacer ruido, para su sorpresa. Se quitó la minifalda, la camiseta de tirantes y se tiró en ropa interior sobre la cama. Ni se preocupó en taparse. No había encendido el climatizador. Probablemente, si tratara de usarlo, lo pondría a cuarenta grados centígrados o al cero absoluto. «Tampoco hace hoy tanto calor. Así, en bolas, se está bien».

No hizo falta mucho esfuerzo para que se quedara totalmente dormida. Durante las última cuarenta y ocho horas apenas había dormido más de cinco. Sus fiestas de Nochevieja y cumple, Año Nuevo, habían empezado antes que las de nadie. «Y todavía queda más por festejar».

\*

Un fuerte sonido la despertó, atontada. Miró su reloj y descubrió que apenas eran las siete de la mañana. «Ni una hora puedo dormir, joder», se quejó todo lo lúcida que podía estar con una resaca y tan poco descanso. Otro golpe pesado la sobresaltó. Esta vez venía de su puerta. Sin que le diera tiempo a levantarse, otro más enérgico resonó en su habitación.

—¡Deja de golpear y entra de una puta vez! —exclamó, enfadada. No sabía quién era, pero no se iban a asustar ni su tío ni su primo al verla en ropa interior.

Esta vez, el golpe fue de una violencia tal que la puerta cayó, hecha trizas, al suelo. Cielo se levantó como si tuviera un resorte en la espalda y tanteó en busca de su catana, que tendría que estar en algún sitio debajo de la cama. Aún se sentía muy atontada como para poder distinguir quién

estaba en el oscuro pasillo inmóvil.

—¿Quién-quién es?!

No hubo ningún tipo de respuesta a su pregunta. Era alguien con una estructura corpulenta que la hizo dudar.

—¿Tío?

Su primo seguro que no era. Si bien tenía una estructura física similar, producto de su carrera semiprofesional de jugador de rugby, quien la acechaba era un poco más bajo. Igualmente, no estaba muy convencida. Su tío era barrigón, pero no tan amplio de espaldas. Extrajo el sable y aguardó a que la figura entre las sombras decidiera presentarse.

Cielo estaba asustada. ¿Qué clase de psicópata se quedaba contemplándola así? «Si está pensando hacerme algo raro, no lo va a tener fácil». Tendría que ser un maestro como Bruce Lee si pretendía herirla.

—Arl...

—¿Qué? —preguntó Cielo—. ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

La indecisión del desconocido se quebró. De dos largas zancadas, se presentó a pocos centímetros de Cielo, quien lo frenó con el filo de su catana a pocos centímetros del cuello.

—Un paso más y serás historia.

El aliento nauseabundo de aquella persona le chocó en la cara. Percibía una mezcla de aromas que conocía, pero no lograba discernir. Perfumes, comida, ¿sangre?

—Clear window —ordenó Cielo.

El cristal de la ventana fue disolviendo su tono opaco, dejando entrar la claridad de la mañana. Cielo se encontraba de espaldas, por lo que no temía ser deslumbrada. Sus ojos se abrieron de par en par cuando, de forma progresiva, el rostro de expresión desencajada y cubierto de sangre de su tío se descubría.

—¿Tío? ¿Qué-qué te pasó?

No. No podía ser su tío. Pero sus facciones estaban enmarcadas en una figura mucho más corpulenta. «¿Qué está pasando aquí!?». La piel, seca y agrietada, parecía haber adquirido un macilento color gris. Sus tiernos ojos castaños habían perdido su blancura en pro de un rojo violento e

insalubre. La cabeza, antes cubierta de una abundante cabellera negra con vetas grises, perdía mechones, que caían sobre sus hombros desnudos.

—¿Qué te pasó? —repitió Cielo, desolada.

Su tío, o la cosa que parecía serlo, dio un par de pasos hacia atrás. Cielo no sabía si era porque lo había asustado su catana u otra razón. Rugió tan fuerte que la hizo trastabillar, cayendo sobre la cama y golpeándose posteriormente contra la pared. Era una llamada.

Otros pasos resonaron en el pasillo, acercándose al dormitorio. Cielo se incorporó y volvió a sujetar su sable con ambas manos en kamae. Miró a su espalda. La ventana daba al jardín. Desde allí podría escapar a la casa del vecino de al lado y pedir ayuda.

—Open window —ordenó mientras las hojas se deslizaban lentamente.

Otra figura se adentró en la habitación. Esta era alta y fuerte, pero con las mismas características físicas que su compañero. No obstante, lo que heló la sangre de Cielo fue ver entrar a la criatura despedazando la carne de un brazo arrancado.

—Oh, Dios mío —gimió Cielo al reconocer el brazo y su devorador—. Pri-  
primo, ¿por qué?

En el anular estaba el anillo que su tía nunca se quitaba por sus bodas de plata. Era fácilmente reconocible el color rosado del oro con un pequeño diamante engarzado.

Las bestias aprovecharon la indecisión de Cielo y ambos se abalanzaron sobre ella, chocando el uno con el otro. Por pocos centímetros, su primo no agarró su pie.

—¡Alto! ¡Por favor! —rogó mientras lloraba. No podía matar a su familia. La única que le quedaba.

Aquello tenía que tener una explicación racional.

Con un nuevo impulso, su tío tuvo éxito, la agarró del pie y la hizo caer. Su primo se situó sobre ella, escupiendo saliva y sangre sobre su blanca piel. Rugió violentamente, asustando a Cielo. «No estoy preparada para esto».

Trató de volverse y escapar de allí, pero la presa de su tío no cedió. Fue ahora su primo quien la sujetó del brazo derecho, obligándola a soltar la catana. Sintió entonces algo rasposo deslizarse desde sus pies hasta la ingle, seguido de un rugido. Era la lengua de su tío. La estaba

saboreando. «No puede estar pasándome esto. No puedo morir así».

Ante sus ojos, quienes habían sido sus familiares la contemplaban con facciones satisfechas. La fiesta de cumpleaños estaba preparada.



## Capítulo 2

Jueves, primer día del año 2060. Aquel debería de ser un día de celebración, en el cual, en ese mismo momento, tendría que estar evaporando el alcohol mientras dormía, después de una noche de banquetes y brindis. Para Hayder Nejem, cuyo despertador sonó a las siete de la mañana, se iniciaba patéticamente un nuevo año que prometía mucho trabajo, presiones y pocas gratificaciones.

Hayder era el jefe de un pequeño equipo de cuatro personas responsable del Área de Marketing en el GEMIT Argentina, Grupo de Exportadores de Marsóleo, Área de Tecnologías de la Información. Hacía tiempo que había pedido más recursos para hacer frente a la demanda local y lo único que había recibido eran evasivas o los comentarios de los gerentes del tipo: «Dado nuestro presupuesto, estamos pensando cerrar el equipo y asignar estas tareas a los españoles». Tras algo así, Hayder no tenía muchas más ganas de insistir y se preocupaba en hacer su trabajo lo mejor posible.

La creatividad del grupo, no obstante, parecía estar de vacaciones. De las ideas que se iban lanzando en las sesiones de brainstorming, no había ninguna que satisficiera a todo el equipo —y a él mucho menos—. Por política personal, Hayder se había esforzado en que, salvo que fuera estrictamente necesario, todo se decidiera por consenso. No quería ser el jefe que tuviera la decisión final. «Somos un equipo y tenemos que actuar en consecuencia», reflexionaba.

Ese mismo viernes, tenían que presentar un anteproyecto a la cúpula directiva. Se hacía más que necesario saltarse el festivo y trabajar al igual que los quince días anteriores, en los que había horario de inicio, pero no de fin. Ya no recordaba lo que era un fin de semana de descanso. «Tengo que resolver esto ya». Desde luego, aquellas horas extras eran ad honorem.

El GEMIT había experimentado una caída en la contratación de sus clientes en aquellos primeros cuatro meses del nuevo año fiscal que había iniciado en septiembre de 2059. Entre tantas cosas, habían culpado al equipo de Hayder por su publicidad poco inspiradora y original. Un nuevo traspie los pondría de patitas en la calle. De ahí que postergara sus vacaciones, su vida personal para contentar a sus jefes.

Esperaba que ese sacrificio de levantarse de la cama y dejar a su amada Sabrina durmiendo, plácidamente desnuda, valiera la pena. «El día comienza mal. No sé cómo podría mejorar», reflexionó mientras



terminaba de vestirse.

Se despidió con un beso en los labios y dejó su casa cuando el reloj marcaba las siete y media. Lo único bueno de ese día sería encontrarse las calles y autopistas vacías. En apenas unos pocos minutos salvaría la distancia que separaban su piso en Quilmes del complejo del GEMIT en avenida Córdoba, a unos pocos metros de la 9 de Julio. «No todo podía ser malo hoy».

\*

Como bien había calculado, en apenas unos escasos veinte minutos, había estacionado frente a la entrada —un lujo que no podía permitirse todos los días—. No tener acceso al aparcamiento privado para gerentes hacía inviable ir en coche. La tarifa de los aparcamientos de la zona era un atentado contra su bolsillo, por lo que tenía que recurrir al transporte público para llegar al siempre complicado microcentro porteño. «Tengo que aprovechar que puedo estacionar donde quiera por ser festivo», pensó, agradecido.

No habían dado las ocho cuando ya estaba sentado en su escritorio revisando correos electrónicos, esperanzado de encontrar alguno que le alegrara el día. Nada de nada. No había ninguna idea mágica ni de él ni de nadie de su equipo que pudiera acortar aquella jornada de tardía conclusión.

Minutos después apareció la primera de los integrantes del equipo. Su nombre era Lorena. Una joven uruguaya, segura de sí misma y con una gran habilidad comunicativa. Ella se había licenciado en Relaciones Públicas, por lo que sus tareas no consistían en aportar ideas, sino en seducir a los ejecutivos de la firma en las presentaciones. Lorena era consciente de que era una chica agraciada. Eso la ayudaba a la hora de captar la atención de su público y conseguir la aprobación de los anteproyectos que los mismos directivos después denostaban.

—Somos caros y no ofrecemos tan buenos servicios como la competencia. Eso, y no las campañas publicitarias, es lo que nos echa de todas las propuestas —se había quejado con Sabrina más de una vez.

—Buenos días, boss. ¿Todo bien? —saludó cordialmente.

De piel pálida, contrastando con su cabello liso y oscuro, hermosos ojos grandes castaños y labios carnosos, tenía una belleza muy natural que no solía maquillar. Ella solía cautivar con su inteligencia más que con su cuerpo curvilíneo. Leía a las personas y sabía cómo cautivarlos sin tener que recurrir a acentuados escotes o cortísimas minifaldas.

Ella era una mujer libre y disfrutaba su sexualidad sin remilgos. Hayder estaba acostumbrado a escucharla alardear de sus conquistas con orgullo. Es más, los almuerzos con su equipo eran una clara competencia entre ella y Gerardo y Germán —el resto de su equipo— para ver quiénes habían estado con más gente aquellos últimos días. Hayder no podía más que sonreír y recordarles que, sin importar con quién estuvieran y lo que hicieran, que se cuidaran.

—Casi todo tiene cura ahora, pero nuestro seguro no lo cubre todo —decía mientras les guiñaba un ojo.

Aquel día se presentaba bastante informal con una camiseta de tirantes, unos vaqueros azules y unas sandalias. Estaba acostumbrado a verla siempre de traje de blusa y falda, ambos ajustados, y casi se sintió como si estuvieran en una salida informal no en un evento de trabajo.

—Estoy un poco preocupado —respondió Hayder—. Se me hace raro verte así vestida. Casi pareces una chica normal.

—Lo soy, jefe. Hay tantas charlas que lo prueban...

—Ahora en serio. Necesito que focalices todos tus poderes en estimular la imaginación de G al cuadrado. —Así era como se referían a Gerardo y Germán—. Hemos perdido tanto tiempo investigando a la competencia que las ideas que tiramos son meras copias con apenas modificaciones. Si no lo bordamos hoy, tendremos que ponernos como disponibles en los portales de trabajo.

—Tengo una de mis charlas motivacionales preparadas, así que nada más lleguen, les recordaré lo que está en juego.

—Eso espero. Igualmente, cuando estemos todos, vamos a reunirnos para una nueva sesión de brainstorming.

—¡A sus órdenes! —exclamó mientras realizaba el saludo marcial.

Lorena tenía algo especial. Sabía que, si cerraban aquel equipo, ella encontraría algún sitio en el GEMIT pronto. Verla hablar provocaba el mismo efecto de sorpresa que alguna vez habían logrados genios como Steve Jobs. Si hubiera optado por una carrera política, su verbigracia y su personalidad, además de su inteligencia, la catapultarían a la presidencia. A Hayder le habría gustado tener ese don de gentes.

En el lapso de diez minutos, todo el equipo se encontraba reunido en una sala, con cafés en la mano y dulces de bollería en un par de bandejas, tirando ideas y refutándolas.

—Sigo opinando que la comparativa de servicios entre nosotros y la competencia tendría que seguir estando presente —intervino Gerardo.

Gerardo era un joven de unos veinticuatro años, pelo rubio, alto, un poco corpulento y bastante hábil en cuanto a temas económicos. Hayder siempre le había dicho que tendría que haberse licenciado en Economía y no en Publicidad. Le gustaban los números y quería verlos en todos lados. Aquel punto de vista era muy interesante, pero ya no le interesaba a nadie.

—Apoyo la moción con toda violencia. Está claro que nuestros productos son de un nivel muy superior. El servicio de consultoría que ofrecemos y nuestro propio ERP nos coloca entre los cinco mejores.

Quien había tomado la palabra era Germán. Tras sus gafas se veía a un chico moreno, confiado, pero que solía ir a remolque de Gerardo. Era una peculiar pareja de compañeros que parecía un matrimonio viejo. Discutían por tonterías y después salían para reconciliarse. Hayder disfrutaba de su compañía o, al menos, lo hacía cuando no tenía el pie de algún gerente apuntando a sus huevos.

—Con estas ideas de mierda, así estamos. No somos una marca de alimentación para seguir haciendo comparativas de nuestros productos con los de la competencia —sentenció Hayder—. Tenemos que brillar. Estamos en tiempo de descuento y necesitamos un gol. Llevamos semanas tocándonos las pelotas y, por eso, estamos aquí hoy. Yo debería estar en la cama con Sabri.

—Nosotros también —acotó cómicamente Gera.

—Haré cuenta de que no escuché nada. En cualquier caso, tenemos que buscar algo que realce la perfección de nuestra empresa. Es hora de que nosotros innovemos —apuntó Hayder—. Hace un rato me surgió este concepto: un amanecer en el campo, un par de niños jugando con una cometa y los padres mirando orgullosos y tranquilos de saber que no tienen nada que preocuparse, porque su información la gestiona el mejor —comentó mientras gesticulaba con las manos—. Casi se parece a una puta campaña política y no es muy distinto a lo que hemos visto ya, pero podemos trabajar con esa base para convertirla en una gran propuesta.

—Puede funcionar. Sí, le vamos a dar alas a esa idea.

—¡Putita resaca! No tendría que haber bebido tanto ayer —se quejó Germán.

—¡Ya habéis escuchado al jefe! —intervino Lorena—. Es día de Año Nuevo, el inicio de una nueva era, y tenemos que dar un paso más hacia la

madurez de este equipo. Yo sé que podemos hacer algo grande.

—¡Muy bien hablado, Lore! Brindemos con una buena cerveza —propuso Gera.

—¡Salid de aquí de una puta vez y trabajad, coño! —ordenó Hayder en el fino camino que separa el buen del mal humor.

Dejó su asiento, dispuesto a volver a su escritorio, cuando su HeadCom sonó. Se llevó un dedo a la oreja y automáticamente aceptó la llamada.

—Hola, hermosa —saludó a Sabrina.

—Hola, bombón. ¿Cómo llevas el día?

—Bien hasta que tuve que levantarme. ¿Y tú qué estás haciendo tan pronto levantada?

—Tengo que limpiar la casa. La fiesta de ayer lo dejó todo patas para arriba. Además, quería tomarme mi tiempo para desayunar.

—Tendría que estar ahí contigo. ¡Qué forma de empezar el año!

—Ya volverás, Hay. Nos podremos dar un paseo a la plaza.

—Tal y como pinta la cosa, volveré y estarás de nuevo en la cama dormida.

—Sabes que te esperaré despierta, como siempre —aseguró Sabrina—. Espera un momento.

Hayder escuchó una explosión de fondo, de algún lugar no muy lejano de su casa.

—¿Qué fue eso? —preguntó, preocupado.

—No, no sé. Puede ser que... Creo que explotó algo cerca de casa. Espera, voy a cambiar de canal.

Hayder percibió el sonido de las voces de unos presentadores comentando que una serie de atentados se estaban produciendo en varios lugares del mundo.

—¿Qué-qué están diciendo, Sabri?

—¡Oh, Dios! Al-al parecer se están produciendo ataques a varios laboratorios del GEM y el MTG a nivel global. La explosión que escuché

entonces...

El MTG, Marsoleum Traders Group, era una organización que venía a sustituir a la OPEP tras el descubrimiento del marsóleo en Marte. Se encargaban de la extracción y distribución a las distintas plantas de refinado y laboratorios de la misma compañía —MarsLab y GEMLab— u otros pocos autorizados. El GEM era su filial para los países hispanohablantes con un organigrama similar, pero no era independiente. Su gerenciamiento dependía al cien por cien de la junta directiva del MTG.

Una nueva explosión hizo temblar los cimientos del edificio. Hayder recordó que no muy lejos de allí estaba otro de los laboratorios del GEM.

—¡Mierda!

—¡Hay! ¿Qué pasó? —preguntó, asustada.

—Creo que el laboratorio de por aquí también.

—¡Por favor, ven! Aconsejan que no salgamos de casa porque parece que se liberaron varias cepas víricas y quieren evitar los contagios masivos, aunque dicen... —hablaba pausadamente mientras escuchaba los consejos de los periodistas. Los sollozos de Sabrina estaban preocupando a Hayder—. ¡Oh, Dios! ¡Di-dicen que es inevitable! ¡Quiero que vengas, Hay! ¡Tengo miedo!

—¿Ves algo por las ventanas?

—¡Hay una columna inmensa de humo por donde estaría el GEMLab que el viento está llevando hacia casa!

—Cierra las ventanas y no te preocupes, salgo de inmediato. No te voy a dejar sola.

—No tardes —rogó mientras controlaba el llanto.

—Antes de que te des cuenta, estaré entrando por la puerta.

Cortó la comunicación y corrió hacia la sala reuniones para mirar por uno de los ventanales que daba a la avenida. Las calles, antaño vacías, se iban llenando de gente que corría de un lado a otro. «¿Qué coño está pasando?», se preguntó Hayder.

Esas explosiones sincronizadas en los laboratorios de la organización significaban un ataque. El objetivo: desconocido. Tamaña coordinación tendría que tener como autor a un grupo muy poderoso y, desde luego,

peligroso. «¿Será por el marsóleo o por algo más?».

Accedió a las noticias desde su lente. Los portales confirmaban que esas explosiones estaban ocurriendo a escala global. ¿Los antiguos miembros de la OPEP habían regresado para vengarse? Los países fundadores del MTG/GEM ya habían hecho mea culpa por todo lo acontecido durante la guerra. Tanto era el arrepentimiento que habían invertido toda clase de recursos para recuperar todas las zonas afectadas por la radiación nuclear y ayudar a los países del bando perdedor a renacer de sus cenizas.

Desde entonces, todo el planeta había vivido en una paz poco conocida en la historia de la humanidad. «Hasta el día de hoy».

Pequeñas explosiones se fueron multiplicando en zonas circundantes al edificio, consecuencia de la acaecida en el GEMLab. Lorena, Gerardo y Germán atravesaron la puerta de la sala de reuniones muy preocupados.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Lore, alterada.

—Al parecer, atentaron en todos los laboratorios de la compañía a nivel global. No es seguro quedarse aquí.

—¿A qué distancia está el GEMLab de Capital? —preguntó Gera.

—A unas diez calles de aquí —aseguró Hayder—. ¿Habéis venido todos en coche? ¿Necesitáis que os acerque?

Todos aseguraron tener medios para viajar y abandonaron juntos la oficina. Una vez en la calle, tomaron distintas direcciones.

El número de vehículos en las calles porteñas iba in crescendo. Todos estaban tratando de huir de la zona como fuera. Antes de que Hayder pudiera dar la vuelta para tomar la avenida 9 de Julio, el tráfico había colapsado las vías. El terror se había extendido de una forma bastante exagerada y los cuerpos de seguridad brillaban por su ausencia.

Encendió la radio y se sorprendió al hallar que no había ninguna frecuencia emitiendo. Encendió el ARGPS, que tampoco parecía funcionar. El sistema de posicionamiento de realidad aumentada nunca había fallado. Al intentar hacer una llamada, se aterró cuando descubrió que no tenía señal. Sin rendirse, accedió de nuevo a los portales de noticias desde su lente, pero no pudo. El mensaje de error de conexión estaba copándolo todo. «En el nombre del cielo, ¿qué está ocurriendo?».

Una ola de gritos lo sorprendió calle arriba. Una avalancha de personas corría hacia Puerto Madero huyendo de solo Dios sabe qué. Otra serie de explosiones fue repartiéndose por los inmensos bloques de oficinas y viviendas unas cuantas calles atrás. Si los estaban bombardeando, ¿dónde

estaban los cazas?

Un leve zumbido fue aumentando su volumen hasta que ante sus ojos se transformó en el rugido de las turbinas de un avión cayendo en picado. La gigantesca nave se estrelló contra un alto y lujoso hotel de la avenida 9 de Julio, colapsando y cayendo sobre los coches, sorprendiendo a propios y extraños que trataba de escapar. Varios fragmentos del avión impactaron como metralla en la luna de su vehículo, cobrándose varias víctimas a su alrededor. Si hubiera salido, ahora estaría muerto.

Era imposible que Hayder estuviera más asustado. El mundo se estaba desmoronando delante de sus ojos sin causa aparente. Sabrina estaba sola en casa. Él, a más de veinte kilómetros y las posibilidades de llegar pronto se reducían por momentos. «¡No podría haber ocurrido esto antes!», se lamentó.

La masa descontrolada de gente corría sin rumbo. Si antes la gran avenida que cruzaba la ciudad era la vía de escape elegida, solo unos pocos seguían yendo hacia allí. Todo medio de transporte había sido terminantemente desechado.

El sonido de frenazos y choques en cadena se sucedían. Los cláxones ensordecían al resto de los ruidos en el que algún que otro grito era reconocible.

Los edificios que escoltaban al hotel, colapsado por el impacto del avión, cedieron también producto de los severos daños, las explosiones internas y el fuego. Como un efecto dominó, otros bloques también se desplomaron. Los escombros cayeron sobre los peatones y vehículos, aplastándolos inmisericordemente. Aquello era una maldita pesadilla.

No iba a poder escapar por ahí. Tendría que buscar alguna alternativa. «¡Sabrina!». Sus pensamientos recurrían a ella constantemente. Si estaba ocurriendo algo similar en Quilmes, tendría que estar muy asustada. Destrucción, gritos y virus en el aire, sumado a la imposibilidad de comunicarse, eran un caldo de cultivo tremendo para el terror y la anarquía.

Aunque, si pudiera hablar con ella, ¿a dónde podría decirle de escapar? No sabía si su casa era un lugar seguro, dado que a pocas manzanas se encontraba el GEMLab de Quilmes. Tampoco tenía la certeza de que pudiera llegar sana y salva a la casa de su padre a pie. Si todo estaba tan descontrolado como en Capital Federal, podría ser sepultada por algún derrumbe, atropellada por algún conductor que tratara de huir o pisoteada por la turba de gente que corrían por sus vidas. «¿Por qué tuve que venir a trabajar?!».



Solo le quedaba esperar que el cierre hermético y el purificador de aire de su casa fueran suficientes para resistir a cualquier microorganismo que emanara del laboratorio. Bendijo haber hecho caso a Sabrina al hacer esas mejoras, junto con los generadores eléctricos de emergencia que, si se ponían a funcionar, podrían durar días. «Está asustada, pero es muy inteligente —pensó—. Si sospecha que no es seguro salir, se quedará allí y me esperará». No obstante, no era suficiente para calmarlo. En aquellos momentos de descontrol y miedo, la gente tendía a obrar con impunidad. Saqueadores, criminales. La soledad era peligrosa. No había muchas vueltas que darle. Tenía que llegar a Quilmes como fuera. Y, cuanto antes se pusiera en marcha, antes llegaría. Aun así, cuando finalmente salió del coche, sus piernas le temblaban tanto que le costó emprender el camino.

Avanzó por la calle Paraguay esquivando personas desesperadas, ensangrentadas muchas, mutiladas otras y, las más desafortunadas —o afortunadas, según se mirase—, muertas. Dejó atrás coches, autobuses y motos abandonados. El desconcierto seguía reinando y aún se escuchaban detonaciones en las calles colindantes. Levantó la vista al cielo y seguía sin encontrar ningún tipo de aeronave responsable de aquel bombardeo.

Prosiguió su camino por Paraguay mientras encaraba la 9 de Julio saltando sobre cascotes y fragmentos del avión estrellado, cuyo queroseno estaba propagando un incendio de importantes proporciones. En pocos instantes, toda aquella zona sería pasto de las llamas si los bomberos no intervenían.

Apenas había transcurrido media hora desde que bajara del edificio del GEMIT y parecía que llevara toda su vida intentando escapar. «Esto no ha hecho más que empezar».

Miró a todos lados mientras dejaba la avenida. No solo temía que algo le cayera encima, sino que algún espontáneo se lo llevara por delante, como había ocurrido hacía escasos segundos con un joven que corría despavorido hasta que un motorista lo atropelló. «Solo bastaron unos pocos segundos para que la civilización se fuera a la mierda».

Escuchó un ruido a su espalda. En el cruce entre 9 de Julio y Paraguay descubrió a una mujer bañada de sangre corriendo desesperada. Por cómo gritaba y se movía, parecía estar huyendo por su vida. Sin saber por qué, sintió el impulso de esconderse de su vista. Segundos después, vislumbró una figura siguiendo el rastro de la mujer. Aun desde la distancia, pudo percibir que aquella figura emanaba un aura mortal. Si bien era humanoide, sus facciones parecían ser ajenas a las de cualquier raza conocida. Sus brillantes ojos rojos le llamaron la atención en un rostro surcado de cicatrices y de un insalubre color gris. «Pero ¿qué coño?! —No sería la última vez en ese día que formulara la misma pregunta—. ¿Es eso humano?».

Aunque la respuesta no la encontraría ahí, la escena de la que fue testigo lo atemorizó tanto que sintió cómo un poco de orina se escapaba de su vejiga. El humanoide llevaba una escopeta de cañones recortados que no dudó en utilizar contra su víctima. Los proyectiles arrancaron la fracción de pierna comprendida entre la rodilla y el pie. La mujer gritó hasta que entró en estado de shock y se desvaneció. Su cruel verdugo se le acercó, agarró su miembro amputado y se lo llevó a la boca. Asqueado, Hayder vio cómo lo masticaba y tragaba.

¿Acaso se encontraba en una pesadilla digna de los clásicos cómics de Kirkman o las películas de George A. Romero? «Esto no puede estar pasando», no dejaba de repetirse. La bestia agarró a la mujer por los pelos y la arrastró de vuelta a la 9 de Julio.

Hayder fue incapaz de moverse por cinco minutos mientras revivía la escena en un bucle interminable. Tenía miedo de salir y darse de bruces con algún monstruo de esos. Él no sería capaz de enfrentarlo y salir vivo. «Se-se comió la pierna», repitió para sí.

Cuando consideró que no había peligro, dio unos pasos dubitativos en un constante estado de alerta. ¿Cuántas de esas cosas habría rondado por la zona? «¡Por Dios! ¡No aquí! ¡No quiero morir aquí!».

Al mismo tiempo que avanzaba en dirección a Leandro N. Alem, escuchaba gritos en derredor. Se forzó a pensar en llegar a los brazos de Sabrina y nada más. Ella sería su motor. La fuerza que necesitaba. No quería caer en la desesperación. Apenas había comenzado su viaje. «¡Dios, guárdala! —rogaba sin cesar—. ¡Permíteme llegar a su lado!».

Asomándose precavidamente por cada esquina, llegó finalmente a Alem. Nuevamente, la imagen se repetía mostrando en su longitud coches abandonados —algunos destrozados y prendidos de fuego— y un sinnúmero de cuerpos de hombres, mujeres y niños aplastados por las avalanchas o atropellos. Aquel dantesco panorama no hacía más que desalentarlo.

En todo eso había algo que no lograba entender. ¿Cómo había sido posible que algo así ocurriera? ¿Era una invasión de alguna potencia extranjera? ¿Un atentado a gran escala por algún tipo de grupo terrorista? ¿Nadie tuvo un indicio de lo que estaba por pasar? ¿Era posible que ningún organismo gubernamental pudiera haber informado a la gente de que un ataque como ese estaba a punto de acontecer? «¡Jodidas agencias de inteligencia!»; maldijo, desesperado.

El ruido de un motor de avión resonó en la lejanía. Hayder orientó su vista hacia el origen de este y descubrió que una formación de tres cazas surcaba el cielo, al parecer, mesurando todo el desastre. ¡Sí! ¡El Ejército tenía que intervenir y ayudarlos! Antes de que pudiera hacer ningún

aspaviento, como ordenados por una fuerza mayor, los aeroplanos perdieron el control. Dos de ellos chocaron entre sí y el tercero cayó en picado y se estrelló en la estación de trenes de Retiro, según pudo intuir.

Hayder quería gritar de miedo y desesperación. No lo hizo porque podría haber homínidos como el de calle Paraguay pululando por la zona. Tuvo que respirar profundamente por un minuto y dejar de lado el descrédito. «Piensa en Sabrina. ¡Piensa en Sabrina, joder! —Ella era la razón de su vida—. Tengo que llegar a casa. ¡No me voy a rendir!», se repetía.

Recuperada la calma, levantó la cabeza y vislumbró parte de la fachada del edificio de la prefectura naval a unos pocos de cientos de metros de su posición. La prefectura era un cuerpo armado que sabría hacer frente a esa situación. Ya tendría que haberlo hecho junto con los policías, gendarmes o militares. ¡No podían permitirse el lujo de permanecer pasivos ante una calamidad como aquella! Cada segundo perdido era una vida menos.

Tenía que arriesgarse e ir al cuartel con la esperanza de encontrar alguna respuesta a sus miles de preguntas. Con suerte, podrían ayudarlo a llegar a Quilmes. «¡Qué estúpido soy! Tienen cosas más urgentes de las que preocuparse».

Ante él se presentó el flamante y moderno edificio de la prefectura. Había sido renovado en la década de los cuarenta del presente siglo utilizando las últimas novedades en la tecnología de la construcción, con un diseño que recordaba a los edificios acris<sup>31</sup> talados de principios de siglo, sumado al moderno uso del acero blanco. Casi podía percibir la incesante actividad que se vivía en su interior.

Conforme se aproximaba, su mente parecía sopesar opciones y preguntas cuyas respuestas no eran para nada óptimas. Ante todo, quería resolver dos desesperantes enigmas. El primero: averiguar si había alguna forma de salir de la ciudad que no supusiera ir a pie. El segundo: ¿qué estaba pasando? «¿Y qué diablos era ese monstruo de la calle Paraguay?».

Al llegar a las puertas, descubrió que estaban cerradas con cadenas y que los cristales se combaban por causa de golpes que venían desde el interior. Además de gritos y rugidos, percibió el sonido amortiguado de disparos que no presagiaban nada bueno.

En un momento dado, un empujón, propinado por una persona desconocida, le permitió a Hayder echar un vistazo de lo que estaba pasando en el interior. Se sobresaltó al encontrarse con unos ojos rojos que lo miraron y reconocieron como un enemigo primero y alimento después. Era muy tarde para darse cuenta de que había cometido el peor

error de su vida.

Empezó a correr con todas sus fuerzas mientras un rugido y repetidos y violentos golpes alertaban a todos los presentes en el edificio de que había una nueva presa a la vista.

Apenas había salvado un par de manzanas de distancia cuando las puertas de la prefectura estallaron. Del interior manó una horda de bestias grises que olisquearon el aire, buscándolo y encontrándolo.

—¡Oh, mierda! —exclamó mientras aceleraba su huida y giraba para regresar a la avenida Alem.

No había recorrido ni media manzana cuando escuchó que centenares de pasos se acercaban peligrosamente. Incrementó su velocidad, sabiendo que no podría mantener ese ritmo eternamente. Tenía que hallar algún lugar para esconderse.

El centenario edificio del Correo Central, cuyo nombre y función había cambiado ridículamente a lo largo del siglo, llamó su atención. Las puertas del aparcamiento estaban abiertas. Se introdujo por ellas en el justo momento en el que las bestias recalaron en Alem. En apenas unos segundos, sabría si había sido una buena opción u otro terrible error.

Oculto tras una curva que descendía al subsuelo, vio a los humanoides pasar de largo. Suspiró, aliviado. Tenía sed y lo mismo encontraba alguna máquina dispensadora de bebidas en aquella planta. Aprovecharía también para recuperar fuerzas y buscar alguna moto que pudiera llevarlo a casa.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se halló rodeado por coches destrozados, algunos estampados contra los pilares y cadáveres mordidos y rasguñados, pero, aparte de aquellos cuerpos, aparentemente, no había nadie más que él.

Finalmente, se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra una pared. Tenía que recuperar el aliento y planear milimétricamente cómo iba a lograr salir de aquel infierno sin encontrarse con aquellos monstruos y, en el caso de que no pudiera evitarlos, cómo enfrentarlos.

En el silencio percibió un tímido jadeo. A la entrecortada respiración se sumó un rasgueo de ropa y asfalto, como si alguien se estuviera arrastrando. Fijó su vista hacia el origen de los sonidos hasta que vio aparecer de la negrura un cuerpo que se deslizaba pesadamente.

Haciendo un esfuerzo, pudo constatar que se trataba de un hombre de pelo rubio. Se apuró para socorrerlo. Por cómo se movía y respiraba, debería estar seriamente herido. Avanzó hacia él y, en el momento en el que se disponía a voltearlo, fue agarrado por el tobillo con una fuerza

desmedida para un moribundo. El hombre levantó su cabeza y miró a Hayder a los ojos. Este sintió que su corazón se detenía al ver cómo las facciones del herido se transformaban lentamente. El pelo se le caía a mechones, sus ojos empezaban a adquirir un fulgor rojizo, la piel se agrietaba y mostraba una lividez enfermiza.

—¿Pero qué coño?! —exclamó cuando se encontró con que aquel personaje que bien había sido humano se perdía en instintos bestiales.

Pateó la mano de la bestia neonata, hasta que le quebró el cúbito y el radio. Liberado de su agarre, se dispuso a marchar, pero un lastimoso canto de gemidos y gruñidos lo sorprendió. Lo habían rodeado sin que se hubiera percatado. «¿En dónde me metí?!».

De entre las tinieblas surgieron una veintena de hombres y mujeres devenidos en esas bestias, cortando todas las rutas de escape. Entonces, Hayder supo que iba a morir.

## Capítulo 3

—¡Morid, cabrones! —exclamó Terry mientras abría fuego sobre un grupo de monstruos.

—¡Estos hijos de puta son interminables! —comentó Giorgio.

—A este paso, llegará fin de año y seguiremos igual. Necesitamos una jodida bomba nuclear y a tomar por culo —sugirió Nelo.

—¡Cagones de mierda! ¡Me los quedo todos para mí! ¡Fuego para estos mamones! —añadió DJ mientras desplegaba una nueva hornada de balas a un grupo que se iba acercando.

—¡Señores, un poco de orden, que esto parece el coño de la Bernarda! —intervino Explorer—. Terry y Giorgio, disparad a la izquierda; Nelo y DJ, la derecha. Yo y Lara, por el centro.

—Creo que te quieren usurpar el puesto, capitana —dijo Nelo con cierta picardía.

—¡De eso nada! ¡Diego es de los mejores hombres que tengo! ¡Futuro gran capitán! —intervino Lara con orgullo—. Ahora, dejemos a un lado estas gilipolleces y ¡concentrémonos en matar a estos hijoputas!

La Mesa Chica, el equipo más letal del GEMA —ejército privado del GEM—, estaba cumpliendo con su labor de proteger a todos los afectados por la fuga. Eran pocos los detalles que se le habían facilitado a la capitana Lara Ann Ruiz. Su misión era hacer lo que estuviera en su mano para contener la expansión de los emdis o Mars demons. Los 'demonios de Marte'. El otro objetivo, y a todas luces imposible de cumplir, al igual que el principal, era encontrar supervivientes y conducirlos a algún lugar seguro. Pero, desde que había comenzado su misión, descubrieron que había mucho que no le habían dicho y pocas posibilidades de salir con vida de esa.

Ese secretismo la exasperaba. No concebía la necesidad de que los mantuvieran en la oscuridad en una situación tan desesperada. El conocimiento era un arma más que aplicar para cumplir su cometido. Aquellas bestias, emdis, o como mierda quisieran llamarlas, eran —o habían sido una vez— seres humanos. Además, la mera referencia a Marte le hacía temer que esos acontecimientos estuvieran relacionados con el marsóleo, el otrora combustible milagroso del siglo xxi. «Creó más problemas que los que solucionó», pensó, amargada.

Repasó de nuevo la formación de su equipo. Mauro «Terry» Terraza, uno de sus tres sargentos, pelo castaño, fuerte y decidido, el casanova del

grupo. Nicolás «Giorgio» Giorgianni, sargento, pelo negro, tal vez más introvertido, un experto en tramas económicas, tecnología y letal con un rifle en la mano. Matías «DJ» Drohobycki, el tercero de sus sargentos, pelo castaño oscuro y DJ de vocación. Juan Manuel «Nelo» Ferrara, teniente, pelo castaño claro y ojos de un color entre verdoso y azulado, con una cerveza en la mano, era más peligroso que una tribu de emdis. El otro teniente, Diego «Explorer» Dora, pelo negro, fuerte, corpulento y peligrosamente inteligente. Todos aquellos hombres eran el orgullo del GEMA y, por consiguiente, los que estaban con la mierda hasta el cuello.

Y allí estaba ella. Lara Ann Ruiz, una morena de pelo cobrizo, ojos de color miel y de cuerpo esbelto y fibroso, originaria de Tucumán. El nombre de Mesa Chica venía por ser un grupo selecto con información privilegiada. Eran como una pequeña familia dentro del ejército privado del grupo. «Ojalá pueda este no ser nuestro último día juntos», rogó Lara. Pero no era momento de súplicas. Estaban llevando a cabo un culto de muerte y sangre que se saldaba con altas cantidades de sacrificios. Y lo peor para Lara era saber que los demonios habían sido personas que podrían haber celebrado Nochevieja, que habían tenido familias y planes. «Pero ya no un futuro».

Hasta el momento las bestias se habían tirado como kamikazes sobre ellos. Pocas veces habían hallado alguno que se parapetara u organizara alguna táctica para sorprenderlos. Era muy curioso ver cómo los primeros tenían vestimenta civil, mientras que los segundos habían pertenecido a los cuerpos de seguridad.

El goteo de emdis comenzó a menguar. Lara no sabía si atribuirlo a que habían diezrado seriamente a la plaga o si se estarían replegando para poner en juego alguna estrategia de combate.

—Tenemos que movernos. Quedarnos en un mismo sitio solo servirá para que nos rodeen —avisó Lara—. ¡En marcha!

Avanzaron por avenida Rivadavia en dirección a la Casa Rosada. Si todo salía de acuerdo al plan, los esperaba un transporte para evacuarlos de la zona junto con los potenciales supervivientes. Fue deprimente constatar que el saldo actual de estos se reducía a cero. «O intervenimos demasiado tarde, o estos cabrones arrasaron con ellos».

Ante ellos se levantó la casa del gobierno nacional siendo devorada por las llamas. Si había alguien dentro y no había salido para entonces, era muy tarde para salvarlo. «¿Cómo pudo pasar algo así?», se preguntó Lara, atribulada.

Franquearon las rejas y caminaron lentamente por el patio de la Casa Rosada, advirtiendo que los cimientos del ala derecha de la estructura



parecían estar muy dañados por el fuego.

—En cualquier momento, colapsará —analizó Giorgio.

Prosiguieron hasta el jardín trasero del complejo en donde les debería de esperar su transporte. Al doblar la esquina, descubrieron que un gran helicóptero militar yacía de costado sobre su cola y las hélices. No descubrieron rastros de explosivos, por lo que Lara dudó que hubiera sido derribado. Tras reconocer la zona de impacto, hallaron varios fragmentos del aparato desperdigados que respaldaban su sospecha de que se había desplomado desde las alturas.

—Tanta destrucción, tanta muerte —expresó Lara, apesadumbrada por los cuerpos que hallaron bajo y alrededor del helicóptero.

Durante inspección hallaron al presidente de la República Argentina, Luciano Serué, arrastrándose por el piso con la mitad del cuerpo cercenado y transformado en un emdi. Lara se adelantó y le disparó en la cabeza. No había lugar para la duda o el arrepentimiento. Convertirse en un demonio era un camino de ida.

—Podría haber sido un gran presidente —expresó Lara a modo de elegía.

Más emdis se arrastraron hacia ellos. Al parecer eran otros supervivientes de la caída del halcón. Unos pobres desgraciados habían sido sentenciados a morir. «Ya sea del impacto o con una bala».

—¡Matadlos a todos! —ordenó la capitana sin dudar—. No tiene que quedar ni uno de ellos. No podemos hacer nada más que darles una muerte digna.

La experiencia, adquirida hacía apenas unos pocos minutos atrás, les había enseñado que la única forma de detener sin riesgo a un emdi era reventarle los sesos. Disparar al corazón provocaba daños fatales en ellos, pero su muerte podía ocurrir incluso varios minutos después.

Limpiada la zona, sin bajar la guardia, empezaron a sopesar opciones.

—Giorgio, contacta con el general. Cada vez tiene menos sentido buscar supervivientes.

—Es imposible, capitana —respondió con desesperación—. Apenas unos minutos después de dejar el cuartel, cayeron todas las comunicaciones.

—¡Joder!

Lara no iba a arriesgar la vida de sus hombres. Sin la coordinación de la cúpula militar, era inútil tratar de rescatar a nadie. No sabía qué zonas

eran seguras. No tenían transporte ni para ellos. Ni siquiera sabían si había alguien que no se hubiera convertido en emdi, además de ellos. «No podemos estar solos», reflexionó en el linde de la desesperación.

Aquellas bestias aparecían de forma gradual. Era como si se estuvieran despertando y empezaran a invadir las calles. Había cientos de edificios desde los que podrían manar. Parecía como si hubieran eclosionado por arte de magia. «Esto tiene que formar parte de algún tipo de plan coordinado». Aquellas explosiones y la aparición de los demonios no podían ser producto del azar.

Todo lo que sabía de aquella invasión era gracias a una cortísima reunión con el general, apenas unos noventa minutos antes.

—No puedo decirte mucho más, capitana Ruiz —había comenzado—, salvo que algunos ciudadanos han sido afectados por el escape de un virus durante las explosiones y se han convertido en demonios de Marte. Mars demons o emdis, como les gusta llamarlos a mis superiores. En fin, bestias descontroladas. Vuestra misión es ir por el microcentro porteño y tratar de rescatar al mayor número de supervivientes que podáis.

—¡Sí, señor!

En aquel momento, debido a la sorpresa de los ataques y de esa revelación, no pudo entender cómo ciertas personas habían sido infectadas y otras no. Ellos, por ejemplo, estaban cerca del GEMLab y no habían sido afectados por aquel virus. Muchas dudas, ocasionadas por muchas mentiras. «Tengo la vocación al servicio a flor de piel. Pero no me pienso jugar el cuello por los tejemanejes de nadie», reflexionó Lara, sabiendo que sus actos podrían ser tomados como deserción.

—Nos la jugaron —sugirió Diego «Explorer» Dora, su teniente—. Nos enviaron a morir, capitana.

Otro más que exponía la misma sensación que ella tenía. ¿Los había enviado el general a una muerte segura? ¿O también había sido superado por los acontecimientos?

—Concuerdo con él, capitana —expresó Juan Manuel Nelo Ferrara, el otro teniente—. Tenemos que escapar echando leches de aquí.

—Crucemos el río —apuntó Matías «DJ» Drohobycki, el sargento—. No creo que en Colonia la cosa esté tan complicada como aquí, empezando porque vive mucha menos gente.

—En los diques de Puerto Madero podríamos encontrar algún barco que nos llevara para el otro lado —indicó Nicolás «Giorgio» Giorgianni, el otro

sargento.

—Tengamos en cuenta que, en el momento que tomemos la decisión de obrar por voluntad propia, estaremos desobedeciendo nuestras órdenes —recordó Lara con seriedad—. El consejo de guerra por deserción es seguro.

—Capitana, ni podemos comunicarnos con el alto mando ni hay supervivientes. Es más, ni siquiera el Ejército argentino está interviniendo! No podemos cumplir con nuestras órdenes sin la asistencia de nadie. Lo lógico sería salvar nuestro culo.

—No, Nelo. Lo lógico sería regresar al cuartel. Sabéis que ese es el protocolo establecido para este tipo de situaciones.

—Regresar es un suicidio. Me corrijo: ir en cualquier dirección es un jodido suicidio —matizó Mauro «Terry» Terraza, el tercero de los sargentos.

—Perdonadme que sea insistente. Tomar una decisión como esa va en contra de nuestras órdenes, de nuestro juramento como militares del GEMA.

—Capitana, esto es el apocalipsis. No sé si ir a Uruguay es la respuesta. Lo seguro es que tenemos que buscar un lugar donde descansar y analizar nuestras opciones. Puede ser que las comunicaciones ya se hayan reestablecido para entonces. —Esta vez intervino Explorer. Él era un soldado muy fiel a sus superiores y a sus órdenes. Desobedecer no era opción.

Lara suspiró. Su responsabilidad era para con la vida de sus hombres. No podía jugar con ellas en una situación tan crítica. Había tratado de encontrar supervivientes en vano. «Quien no está muerto, está convertido». Ahora tenía que centrarse en ellos. Desde luego que necesitaban descansar y meditar sus siguientes pasos. Además, si el destino del presidente Serué había sido compartido por la cúpula del GEMA, tendrían que estar más que preparados para lo que estaba por venir.

Las posibilidades de que todo aquello se resolviera eran mínimas. Tanta destrucción, tanto descontrol... Lara no quería dejar Argentina todavía. Había una parte de ella que la forzaba a quedarse y seguir las órdenes del general. Alguien estaba necesitando su ayuda.

El ruido de los motores de unos cazas la sacó de su atribulada reflexión. Lara encontró tres aviones del Ejército del aire cruzando la ciudad.

«Finalmente apareció...». Su pensamiento fue cortado cuando vio con horror cómo dos de los cazas colisionaban y el tercero se desplomaba y

estrellaba por algún lugar cerca de la estación Retiro.

—¡Oh, Dios! —exclamó Terry.

—¿Qué-qué está pasando aquí? —preguntó DJ—. ¿Qué diablos pasó? ¿Un PEM?

—No, no fue eso —respondió Giorgio—. Mi instrumental sigue funcionando.

Aquella señal fue más que lo que necesitaba Lara para tomar la decisión.

—Esto está fuera de nuestras capacidades. Tenemos que escapar de aquí —ordenó Lara mientras recibía la confirmación de su equipo. «Vive hoy, muere mañana», sentenció—. Vayamos a Puerto Madero.

Reanudaron la marcha ingresando a Alem. Era trágica la visión de aquella nueva realidad. A esa temprana hora, en cualquier otro día, habría coches apurándose los unos a los otros a fin de llegar lo antes posible a sus destinos. Los viandantes mirarían sus relojes, reconociendo que no deberían haber dormido aquellos diez minutos más. Y el mar de autobuses, autocares, taxis y camiones ayudando en el colapso general del tráfico. Ni los accesos subterráneos ni el ensanche de las avenidas o la penalización del transporte privado. Nada había cambiado en cincuenta años. Incluso la descentralización todavía estaba en proyecto. «Ni la guerra pudo permitir un avance al respecto. —El contraste era un panorama de vehículos chocados, calcinados, desde cuyas lunas sobresalían cadáveres, ya en un eterno ruego por sus vidas. Cráneos destrozados, cuellos rotos, miembros seccionados, cuerpos cuyas brasas se apagaban porque no quedaba más que consumir—. ¿Era este nuestro futuro, por el que luchamos y sangramos?».

Unos rugidos, a unos cientos de metros, despertaron a la capitana de su triste reflexión. Cientos de emdis, vestidos como la prefectura, iban a la carrera hacia ellos.

—¡Joder! ¡Formación de ataque! —organizó Lara.

Velozmente, la Mesa Chica tomó posiciones y, parapetados en columnas y coches, abrieron fuego contra los demonios.

Solo fueron necesarios unos minutos para matar a la amplia mayoría, obligando al pequeño remanente a huir. Si bien antes iban a la desesperada, parecían haber razonado lo suficiente para saber cuándo una batalla estaba perdida. Sería cuestión de tiempo cruzarse con algún grupo de élite bien organizado. La estadística no mentía. «Llegará alguna

formación tan preparada como nosotros y ahí estaremos jodidos».

Retomaron la marcha y decidieron bajar la avenida Corrientes directos a los diques de Puerto Madero. Cuando pasaban delante de la entrada del aparcamiento de Correo Central, Nelo creyó oír un grito en su interior.

—¿Qué hacemos, capi? —preguntó Nelo.

—Podría ser una trampa —apuntó Explorer.

—Es lo más probable, pero... —confirmó Lara.

—Vale la pena probar —expresó Nelo mientras recargaba y amartillaba su fusil de asalto—. Además, si tenemos a más cabrones de esos dentro, prefiero matarlos ahora que encontrarlos a nuestras espaldas.

—Nelo, Giorgio, venid conmigo. Entraremos, veremos si hay alguien en apuros y saldremos cagando leches. Mataremos a los emdis necesarios, no más. No es una misión de limpieza.

Los aludidos asintieron mientras Lara daba indicaciones a los demás para que les guardaran las espaldas y estuvieran atentos a cualquier posible aparición de otros demonios.

Activaron el filtro de visión nocturna de sus lentes de contacto y se internaron en las tinieblas.

\*

Hayder sabía que no había escapatoria posible. Aquellas cosas lo habían acorralado aprovechándose de su ingenuidad. No eran las descerebradas bestias que habían parecido en un principio. Eran más inteligentes y malvadas —al menos, eso creía tras la trampa que le habían montado—. «Y yo caí como un idiota».

La situación era desesperada. Estaba solo en aquel lugar, posiblemente, en toda la zona y no podía hacer otra cosa más que gritar por una ayuda que no llegaría y que atraería a más de esas cosas. Los engendros de la prefectura podrían escucharlo e internarse para consumir su ración de Hayder, aunque él sabía que no había mucha diferencia entre morir devorado por diez bestias que por cien. «Esto no puede terminar así. No de esta manera —pensó, atribulado. No podría llegar a Sabrina. La iba a dejar expuesta a que sufriera el mismo destino que él—. No soy más que un iluso. No es posible que pueda salvarla por mis medios».

Un par de engendros, que aventajaban al grupo, se abalanzó sobre él, precedidos por ensordecedores alaridos. Tal era la potencia de los rugidos que el rostro de Hayder fue bañado en las babas nocivas que expelían por

sus pútridas bocas. No le preocupó lo más mínimo si el contacto con esos fluidos lo convertiría en una de esas cosas. «Dada la situación, me conformo con salir vivo».

Hayder hizo una finta —tal y como si hubiera estado esquivando defensas en un partido de fútbol— y se zafó del primer par, acercándose peligrosamente a varias bestias a su izquierda. Su capacidad de maniobra se reducía, no obstante. Había homínidos cubriendo todos los flancos. Tuvo que dar un salto, tirarse al suelo para evitar el agarrón de otro de los engendros. Se levantó y se halló acorralado. Un nuevo par de bestias lo tenían contra la pared. No había forma de escapar sin luchar cuerpo a cuerpo. Hayder podría ser muchas cosas, pero no un luchador. Cerró los ojos en el momento en el que esos seres se tiraron sobre él.

Una serie de disparos resonó en el oscuro estacionamiento. Hayder sufrió el envite de las dos bestias, pero no fue suficiente para hacerlo caer. Abrió los ojos y parpadeó un par de veces, tratando de asegurarse de que aquello no era un sueño. De alguna forma, alguien había aparecido para salvarle la vida.

Los monstruos desviaron su atención a tres figuras apenas perceptibles bajando por la rampa de entrada. Con una ensayada coreografía, los recién llegados repartieron balas a diestro y siniestro con una efectividad impresionante. ¡Por fin alguien pondría un poco de orden! «¡Todavía hay esperanza!».

Hayder se dejó caer al suelo, relajado una vez aquellos soldados habían limpiado el lugar. Había estado tan cerca de morir.

Dos de ellos se acercaron a él, lo levantaron por las axilas y lo ayudaron a volver al bendito exterior. Esperaba que el Ejército estuviera recuperando la ciudad. ¡Quién sabe si también estuvieran asegurando poblaciones como Quilmes! «¡Sabrina! La ayuda va en camino».

—¡No me lo puedo creer! —exclamó una conocida voz femenina una vez que estuvieron fuera del aparcamiento. Momentáneamente cegado por la luz, no pudo reconocer a la mujer hasta unos segundos después—. ¡Hayder! ¿Qué coño haces aquí? —preguntó Lara.

—¡Dios santo, Lara! ¡Jamás pensé que me alegraría tanto de verte! —exclamó a la vez que se abalanzaba sobre ella y la abrazaba fuertemente, ante la sorprendida mirada de otros cinco tipos armados hasta los dientes.

—¿Os conocéis? —preguntó Explorer.

—Sí, sí. Nos conocemos. Él es Hayder Nejem, mi ex.

—¿En serio? —preguntó con un tono hostil Nelo.

—Vaya forma de malgastar balas entonces —matizó, molesto, Giorgio.

—¿Qué fuiste contando, Lara? —inquirió Hayder, sorprendido por el tono de las preguntas—. Por como hablan, pareciera que el malo de la película fuera yo.

—No es momento de preocuparse de esas idioteces. Tenemos que seguir en movimiento. Nos vamos a ir de aquí. Probablemente, naveguemos hasta Colonia.

—¿A Uruguay? ¿Estás de broma?

Hayder miró a su alrededor y se desanimó al no ver más que a un pequeño grupo de soldados del GEMA. ¡Eran solo seis! ¿Dónde estaba el resto?

—¿So-solo estáis vosotros? ¿No hay nadie más?

—¿Tienes algún problema con nosotros? —preguntó Nelo, aún agresivo.

—Pensé que alguien estaba tomando el control.

—No, Hayder. Solo somos nosotros.

—Esto no es posible. ¿No te avisaron si alguien más podría venir? ¿O si están interviniendo en otros lugares?

—Hace bastante tiempo que estamos incomunicados. Es posible que alguien pueda estar combatiendo a esas cosas en otro lado, pero no hay forma de que lo sepamos. ¿Vienes con nosotros?

—No puedo, Lara. Mi prometida me espera en Quilmes —enfaticó.

—¿Quilmes?! —preguntó, sorprendido, Giorgio—. ¿No había otro sitio más peligroso?

—¿Me podéis decir qué coño está pasando? —pidió Hayder, perdiendo los nervios por momentos.

—Te lo contaremos de camino al puerto deportivo —dijo Lara mientras hacía ademanes a su grupo para que se pusieran en marcha—. No sabemos mucho al respecto tampoco. Tan solo que todos los GEM Labs y Mars Labs del globo explotaron en el mismo instante. De ahí escaparon los



emdis.

—¿Emdis?

—Mars demons o demonios de Marte, como más te guste. El caso es que estos han ido atacando a todas y cada una de las personas que han ido encontrando a su paso y los han infectado.

—Vamos, como los putos zombis —matizó Nelo.

—Me quedo más tranquilo. ¡Estáis de broma! ¡No tiene sentido! —exclamó Hayder, incrédulo—. Eso pasó aproximadamente hace una jodida hora. Antes de esconderme aquí, fui a la prefectura naval en busca de ayuda.

—¿Podieron hacerlo? —preguntó Terry, dándose cuenta de que la pregunta había sido muy estúpida. Si hubieran podido hacerlo, no lo habrían encontrado casi a punto de ser devorado.

—Estaban todos convertidos. ¿Me puedes explicar cómo coño llegó la infección si el GEMLab está a más de veinte manzanas de allí? Por esa regla de tres, yo debería haber sido infectado. No creo que esos...

—Emdis.

—¡Sí, emdis! No creo que hayan llegado en transporte público y los hayan dejado entrar para ser devorados, ¿no te parece?

—Capitana, esos serían aquel grupo al que nos enfrentamos antes —expuso Giorgio con el asentimiento de Lara.

—Tengo las mismas dudas, Hayder. Y los eventos actuales nos han hecho replantearnos nuestras prioridades. Por eso nos estamos yendo. Tenemos que ver las cosas con más distancia, desde un lugar seguro.

—Servir y proteger.

—Yo no voy a arriesgar mi vida ni la de mis hombres en una misión suicida, a todas luces imposible de cumplir —replicó, enojada, Lara ante el comentario mordaz de Hayder—. Hemos participado en todo tipo de operaciones y si algo siempre exigía para actuar era información. Hemos asaltado complejos terroristas, frenado atentados antes de que ocurrieran, salvado un incontable número de rehenes, pero esto-esto es demasiado. Así que no se te ocurra sugerir que huimos como cobardes.

—Perdona, Lara. Tienes razón. Estuve fuera de lugar —reconoció Hayder—. En cualquier caso, no pienso variar mi rumbo. Iré a Quilmes,

cueste lo que cueste. No pienso abandonar a Sabrina.

—Tú sabrás lo que haces. Acompáñanos a los diques y desde allí te tomas un barquito al lugar que más te guste —replicó Lara, sarcástica.

Si bien Hayder tenía que estar contento de haber sido rescatado, estaba bastante cabreado. Encontrarse a Lara como salvadora era una de las peores cosas que le podría ocurrir.

Involuntariamente, retrocedió varios años, recordando los días en los que eran novios. Habían vivido momentos muy tristes. También muy alegres. ¿No era eso una pareja al fin y al cabo? Lara, no obstante, había preferido romper una relación que luchar por ella. Hayder creía que lo había superado, pero estaba claro que todavía le escocía el tema. Había tanta mierda de por medio que removerla solo provocaría problemas. «Por mi bien inmediato, me conviene cerrar la boca y seguirlos».

Durante el resto del camino Hayder no dijo ni una palabra. Lara se preocupó en dar órdenes a sus hombres e ignorar su presencia. Ambos tenían la conveniente excusa de los pocos demonios que se cruzaban en su camino. No obstante, esa situación, cambiaría. «Entonces, ¿qué?».

## Capítulo 4

El plató se había convertido en una dantesca escena típica de películas de terror y ciencia ficción. Pequeños incendios, sangre, pedazos de personas repartidos por la sala y, al final, algunos cuerpos destripados.

Pamela Verónica Rodríguez se había dado de bruces con el infierno en un abrir y cerrar de ojos. Había sido cuestión de un parpadeo.

El canal la había invitado a ella, una talentosa y conocida bailarina de danza árabe, para iniciar la primera mañana del año con un programa especial de entretenimiento y diversión. Según las palabras de su mánager: iba a ser el evento más importante de las fiestas en el que iba a codearse con más estrellas del mundo del espectáculo argentino. Bajo ningún concepto Pamela iba a perder la oportunidad de promocionar su escuela: Daniyah Arab Dance School.

Después de varios altibajos, el estilo, popularmente conocido como bellydance, parecía estar recuperando la fama y la popularidad que en su momento había poseído a principios de siglo por medio de los grandes maestros como Saida, Shanan o Amir Thaleb, entre otros. Daniyah, nombre que la identificaba profesionalmente, era de una nueva generación que estaba reavivando el amor por la expresión artística de una cultura milenaria.

No había sido fácil llegar a esa notoriedad. Si bien no descendía directamente de emigrantes árabes, se sentía parte de esa colectividad. Tanto era su pasión por aquella cultura que no había dudado en aprender el idioma hasta hablarlo y escribirlo fluidamente. Invirtió también grandes cantidades de dinero en profesionalizarse con los mejores maestros y bailarines, tanto en Egipto, que seguía siendo la cuna de grandes odaliscas, como Estados Unidos. Después de tanto sacrificio, a sus treinta años, era conocida como la heredera del trono que estos grandes habían dejado vacante años atrás. □□□□Malika Daniyah. La reina Daniyah la llamaban.

Pamela se estaba vistiendo después de ser cuidadosamente maquillada. Estaba ajustándose el top, que realzaba su pecho, cuando una repentina explosión la estampó contra la pared, haciéndole perder el sentido. No supo cuánto tiempo estuvo fuera de juego. Pudieran ser minutos u horas. Cuando despertó, se encontró parcialmente cubierta de telas, trozos de madera y espejos. Aparentemente no estaba herida de gravedad ni tenía otro dolor mayor que no proviniera de la cabeza y corte en la frente, que manchó su rostro de sangre. Podía estar agradecida.

Ahora bien, ¿qué demonios había pasado? «¿Una bomba? —pensó aterrada. Habían atentado contra ellos. Alguien había detonado un

explosivo en el estudio. Era totalmente inconcebible que algo así pudiera ocurrir. No había ningún grupo terrorista que estuviera aterrorizando al mundo con sus reclamos—. ¿Estará resurgiendo de nuevo el extremismo?».

Una vez sus oídos se recuperaron del estruendo de la explosión, percibió gritos que poco tenían que ver con el quejumbroso rumor de gente malherida. Creyó distinguir a un hombre gritar piedad y, después, proferir un alarido de como a quien le estaban arrancando un brazo.

Estaba tan desorientada en esos primeros minutos que se encontró caminando con el top y el tanga por los pasillos del estudio. Retornó a su camerino y descubrió cómo su deslumbrante traje para esa actuación estaba totalmente destrozado. Un fragmento de pared se había derrumbado sobre él, destrozando los bordados y engarces. Toda la ropa que había guardado en un bolso de viaje estaba sepultada bajo unos escombros que Pamela no podría levantar.

—¡Mierda! Era mi mejor traje —se lamentó.

Tan solo le quedaba el top, bordado con pedrería que simulaban rubíes y circonitas, del más despampanante vestido que jamás llevaría. No podía ser de otra manera en su primera aparición pública en televisión. Tendría que encontrar algo con lo que cubrirse. Posiblemente bomberos, periodistas, fotógrafos y camarógrafos estuvieran pululando por la zona. No tenía la intención ser retratada de esa guisa para la posteridad.

Avanzó al baño, recuperó una toalla de microfibra y se la ajustó como si de una falda se tratara. Antes de irse, se miró en el espejo la herida que tenía en la frente. Las plaquetas estaban haciendo su trabajo y ya apenas fluía la sangre. Se limpió la cara con agua y peinó como pudo su cabello negro, liso y que le llegaba a la mitad de la espalda. El rímel corrido se deslizaba de sus ojos verdes, por sus blancas mejillas. ¡Estaba hecha un desastre!

De inmediato se reprendió por su frivolidad. Había gente muerta y ella se preocupaba por su apariencia. Sacudió la cabeza y dejó el baño y el camerino después. Recorrió otros hasta que, en uno en mejores condiciones, encontró una camisa blanca y larga, y unos vaqueros cortos celestes con los que se vistió. Tuvo que meter un poco de barriga porque el pantalón le quedaba un poco justo. Tendría que encontrar otra muda cuanto antes.

Progresó por los pasillos del canal a paso de caracol, tratando de ignorar los cadáveres de las personas con las que se había cruzado, bajo los escombros que estaba tratando de sortear. Los gritos reducían su

intensidad progresivamente. «Está muriendo gente».

Sintió la tentación de gritar y pedir ayuda. Alguien podría estar buscando supervivientes. Probablemente, mucha gente lo habría visto en directo desde sus casas. Llamarían a la Policía, los bomberos, incluso al Ejército. Alguien estaría de camino. Una explosión como aquella no pasaría desapercibida. «¿Por qué están tardando tanto?».

Percibió unos pesados pasos en la planta superior, errantes, en busca de algo. Haciendo caso a un sexto sentido, tomó una barra de hierro que terminaba en una afilada punta. «Algunos no gritaban por el dolor —se recordó—. Era miedo. —Alguien se estaba aprovechando de aquel desastre—. ¿Es esto acaso algún tipo de invasión?».

—¡Dios mío! —exclamó, aterrorizada, cuando se encontró en la base de la escalera el cuerpo destrozado de una chica a la que reconoció como una de las maquilladoras.

Era el primero que veía. No se parecía en nada a lo que había visto en las películas. Su carne jugosa y sanguinolenta estaba a la vista, dispuesta en jirones de músculos y piel confundándose con fragmentos de huesos. De su interior manaban las vísceras como si una bomba la hubiera reventado por dentro. Sus ojos estaban abiertos de par en par y la expresión de su rostro mostraba terror, sufrimiento, pero fue su vientre devorado lo que le provocó unas náuseas que no pudo contener.

—Dios mío —repitió mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

Apenas repuesta, decidió subir a la planta baja. Los camarines estaban en el primer subsuelo y la explosión, que había afectado a varios niveles, no había sido lo suficientemente potente como para hacer que el edificio colapsara. «De momento». Era imperativo escapar de allí como fuera. Desconocía si las estructuras estaban luchando por mantener erguidos a los estudios.

La ausencia de acción, del sonido amortiguado de sirenas, de los pasos de bomberos, policías, las órdenes. Aquello no era normal. Habían sido abandonados. «¿Qué está pasando?», se preguntó, asustada, mientras ascendía.

La planta baja era el mismo caos que la inferior. Pasillos de paredes y techos derrumbados con extremidades y cabezas bajo los cascos. Sangre, carne y vísceras mezcladas con ladrillos, cemento, acero y carteles promocionando los programas y las estrellas del canal. El perfume de la desesperación, de la ignominia de una vida arrebatada, obstruía sus

fosas nasales y dejaban un sabor ominoso en sus papilas.

Reconoció con horror a una cantante pop muy conocida con una vara de hierro atravesando su cabeza y manchando su cabello rubio teñido de sangre y sesos. Aquella joven había sido una hermosa promesa de la música popular que movía masas en Argentina. Ahora yacía con una expresión turbadora en su deformada faz. «Un recipiente roto y vacío». A pocos metros de ella, un productor cargando un holoPad también reposaba partido por la mitad y con una herida que parecía un mordisco voraz en donde antes había estado la nuez. Trabajadores y celebridades, separados en vida, ahora estaban unidos en la muerte.

Al fondo, en un cruce de pasillos vio correr a un hombre herido mientras jadeaba, asustado. Era la primera persona viva con la que se encontraba. Impulsivamente, corrió tras él. Necesitaba saber qué era lo que estaba pasando. Tal vez aquel tipo lo supiera.

Fue muy tarde cuando se encontró en la encrucijada y a escasa distancia de Pamela otro ¿hombre?, con la piel grisácea y cuarteada, una fina mata de pelo en su cabeza, alto, corpulento, boca sanguinolenta, llena de dientes aserrados, y unos fieros ojos rojos.

La cosa sonrió satisfecha nada más la vio. Un grito gutural llamó a otros dos de parecida fisionomía. En una lengua que ella no pudo entender, acordaron algo. Uno de ellos se echó a la carrera mientras Pamela era incapaz de mover un músculo, totalmente aterrorizada.

Cerró los ojos y esperó a que el monstruo se abalanzara sobre ella, pero no sintió otra cosa más que la detonación de un arma y un alarido inhumano. Apenas pudo abrir los párpados, sintió cómo una fuerte mano tiraba de ella y la obligaba a correr.

Segundos después, se encontraba escapando por los mismos pasillos de ensueño en los que pronosticaba su acceso a la notoriedad, fuera del circuito árabe. Ahora tan solo podía soñar con salir viva de allí, sin saber qué era lo que había pasado para que el paraíso se tornara en un calamitoso escenario de muerte.

\*

¡Que el diablo se lo llevara si sabía qué coño estaba pasando allí! Leonardo Pastorelli estaba calentado su tetera para tomar unos cuantos sorbos de yerba mate, cuando el Estudio Uno había estallado. Como jefe de seguridad del complejo, se ajustó su pistola y salió como alma que llevaba el diablo hacia el origen de la explosión.

No sabía qué podía estar pasando. La paz era global desde el 3 de abril de 2020. No había guerras que destacar desde aquella fecha. Unos cuantos

golpes de Estado que se solucionaron con la participación de la ONU, cuyas bajas no superaban las tres cifras. El mundo se había convertido en un triste y seguro lugar. «Gente como yo termina trabajando de seguridad. ¡Ja! ¡Como si hubiera realmente el mismo peligro que antes!», pensaba frecuentemente.

Para Leo, veterano de la Tercera Guerra Mundial o Guerra del Óleo, esa continuada serenidad era la señal y prueba más que necesaria de que se estaba cocinando algo gordo. «Por suerte este periodo deprimente de paz se terminó. —¿Cuándo se había visto algo así en la historia moderna del hombre? La paz era solo el prolegómeno de la destrucción. Igual que la calma que precede a la tormenta—. El ser humano no quiere paz. No está hecho para ella. Es codicioso y obtendrá con sangre lo que no puede por otras maneras».

Desde el siglo xix, las guerras se habían venido sucediendo una tras otra, con su máxima expresión en la última veintena del siglo xx y la primera del actual, donde la joya de la corona había sido el mencionado conflicto por el marsóleo. «¿Cuántas industrias quebraron por la culpa de los políticos? Cabrones sin alma».

Apenas tenía dieciocho años cuando entró a formar parte de la Brigada Cóndor, del grupo de países de la nueva OPEP —mayormente rusos, árabes, asiáticos, africanos y sudamericanos— que osaron oponerse a la todopoderosa y recién nacida MTG.

La Brigada Cóndor había estado conformada por adolescentes y algunos jóvenes que apenas habían dejado la secundaria. Leo era uno de los más viejos de su pelotón. También de los más inseguros. Curiosamente, él fue el único de ellos que sobrevivió. El resto se había extinguido como su ave insignia, a una insólita velocidad.

En una de las incursiones, los chinos habían utilizado a la Brigada Cóndor de señuelo para distraer al enemigo. «Mientras a nosotros nos masacraban los ejércitos del MTG, estos hijos de puta amarillos los agarraban desprevenidos —recordó. Ellos eran los peones. La carne de cañón. Jóvenes imberbes, por los que nadie daba nada—. Maldita lógica ajedrecista». El Ejército asiático había aparecido por los flancos, finalizando con un rotundo éxito aquella batalla.

Podría contar numerosas historias que darían para grandes libros, películas o series que serían best sellers, romperían las taquillas y se ganarían todo el share; pero, tras haber pasado por varios pelotones, ejércitos, centurias o grupos, no podía más que agradecer estar vivo. Casi se había convertido en un talismán andante. Si bien casi todos los que conformaban el equipo morían, la misión era llevada con éxito. Desde entonces, lo habían conocido como Lucky Leo. Y parecía que su suerte no



lo había abandonado.

Recorría el laberinto de pasillos que era el estudio de televisión, dando cuenta de aquellos humanoides que se le ponían a tiro. ¡Dios bendijera a su Magnum, que estaba haciendo estragos con los cuerpos de aquellos cabrones sedientos de sangre!

—Para, por favor —rogó la chica a la que llevaba de la mano.

Estaría cercana a la treintena y era muy bonita. Estaba muy maquillada, sobre todo sus grandes ojos de color verde, aunque el maquillaje se había corrido a causa de las lágrimas. Estaría aterrorizada —y no era para menos—.

—Niña, si quieres vivir, más nos valdría correr como demonios. Solo Dios sabe cuántos más de esos hijoputas quedan por aquí.

La chica asintió, inspiró un par de veces y se puso de nuevo en camino. Lucky Leo, a pesar de sus recientes sesenta años, tenía la agilidad que mucha gente de la mitad de su edad desearía. No en vano, hacía al menos diez kilómetros de carrera al día y un sinfín de horas semanales en el gimnasio. En ese momento, se alegraba de que los sacrificios hechos rindieran su fruto.

Desde que había vuelto de la guerra, solo había esperado una cosa: el inicio de otra. No sabía hacer otra cosa que matar y no ser matado en el intento. ¡Apenas había llegado a la mayoría de edad y ya estaba matando hombres y mujeres! No había cumplido ni una semana en su primer año de facultad cuando lo obligaron a alistarse. Al regreso se sentía incapaz de continuar con la carrera de Economía. Toda su capacidad mental, su anatomía, se había adaptado a la violencia. «Creo que voy a morir si no baleo a alguien», había llegado a pensar a las pocas semanas de haber vuelto.

La gran esperanza de Leo residía en una venganza. Los países vencidos no llevan muy bien ser recordados como perdedores. Y, a pesar de las nuevas alianzas, vigilancia internacional y otras normativas estúpidas, estas naciones esperarían un resarcimiento acorde a sus daños y estigmatización. Si bien no serían recordados como unos asesinos sanguinarios, sí lo eran como el eje en contra de la libertad de elegir. De repente, no querer ser mangoneado por la MTG era un delito de lesa humanidad. De ahí que Leo aguardara que el resentimiento creciera en las nuevas generaciones llevando a un conflicto armado que pondría a todos en su sitio. «Cuán equivocado estuve hasta hoy».

Los años de calma se habían sucedido desde entonces. El bando perdedor había sido sancionado económicamente, no tan duramente como habría cabido esperar. Se esperaba que fuera una medida ejemplar, pero que no

contribuyera a fomentar un odio en un futuro no muy lejano. En las guerras anteriores, se había cometido el error de pensar que solo un bando había cometido barbaridades, mientras que el otro había sido el salvador. Los organismos internacionales sancionaron a todos los países involucrados de acuerdo con sus acciones, aunque más duramente a los miembros de la nueva OPEP, entre los que se encontraba Argentina.

Otra medida había sido intervenir los cuerpos militares de estos países durante veinticinco años. Contaba la leyenda que habían conseguido controlar los ánimos de ciertos soldados rebeldes y evitar tanto asesinatos de importantes mandatarios como un golpe de Estado. Aunque la MTG había presionado para que se ajusticiaran a los implicados, la comunidad internacional había sentenciado que la muerte de estos no haría más que convertirlos en mártires y eso pondría en peligro aquella precaria paz.

Llegó el día en el que la MTG decidió que era hora de pasar página. La colaboración entre todos los países era necesaria para que los costes del transporte, procesamiento y refinado del crudo se repartieran. Aunque esta inclusión requirió una gran inversión de todos los países involucrados, el ROI proyectado superaría con creces las ganancias ya obtenidas. Y el incremento del patrimonio no sería simplemente en líquido. Activos fijos, intangibles, pero, ante todo, influencia. Si bien aquella decisión había nacido de los planes de expansión empresarial del grupo, había supuesto el inicio de una era de paz y prosperidad nunca conocida. No fue en vano que William Roth había recibido el Nobel de la Paz el año 2035.

El estallido del Estudio Uno marcaría entonces el fin de aquella incómoda y demasiado extendida paz. Leo estaba seguro de que las coacciones, amenazas y chantajes habían iniciado aquella nueva guerra. No había forma de parar aquello. «El día de la venganza llegó». O eso había pensado hasta que halló a una bestia devorando a uno de los aturdidos presentadores del programa. Entonces, supo que se había equivocado. Y mucho.

En cuestión de segundos, la presentadora, o lo que quedaba de aquella delgada cuarentona, se levantó con la misma expresión y características que su atacante e hizo su parte con sus compañeros. Minutos después, Leo los mataba a todos de un tiro en la cabeza y sonreía al recordarlo. No soportaba a aquellos falsos que no hacían más que desinformar y enriquecerse a costa de vidas ajenas.

—Aguanta. A la vuelta está la salida —aseguró a su nueva amiga.

No mintió. Doblaron la esquina y se encontraron con un tremendo agujero en la pared, en donde antes hubo una puerta. Subieron por la montaña de escombros y salieron a la calle, donde la luz de un caluroso sol veraniego

los recibió.

Avanzaron por la calle con los sentidos alerta, a la espera de otro encuentro con esos tíos.

—¿Cómo te llamas, niña? —preguntó sin mucho interés, pero queriendo distraerla.

—Pa-Pamela Rodríguez —titubeó mientras recorría su mirada por las desoladas y destrozadas calles de un barrio, que horas atrás se encontraba dormido, saludando al Año Nuevo desde la cama.

—Bueno, Pame, soy Leo Pastorelli, aunque todos me llaman Lucky Leo. No te veo muy cómoda con esa ropa. —Pamela asintió—. Vamos a buscarte algo en condiciones. ¿Te parece bien?

—Gra-gracias. No tuve mucho tiempo de...

Antes de que pudiera terminar de hablar, escucharon un enorme estruendo proveniente de encima de sus cabezas. Miraron en dirección al sonido y vieron que, desde la autopista a varios metros por encima de ellos, se desencadenaron varios choques de vehículos y explosiones. Leo la abrazó y se tiró al suelo en el momento en el que una lluvia de coches y un camión caían. Por un par metros no fueron aplastados. El impacto desencadenó otra detonación que proyectó varios fragmentos afilados, alcanzando a Leo en el hombro y a Pamela en la pierna.

—¡Joder! ¡Putas suerte! —exclamó Leo mientras se extraía un pedazo de metal.

A continuación, revisó la larga y firme pierna de Pamela. Su piel blanca era muy suave, producto de mucho cuidado a base de una correcta alimentación, cremas y ejercicio físico.

—Esto te va a doler —avisó mientras le arrancaba un pequeño pero afilado trozo de vidrio, con el consiguiente grito de Pamela—. Necesito algo para cubrirte la herida.

Pamela agarró las faldas de la camisa y la rasgó lo suficiente para formar un fino y largo trozo de tela que serviría como improvisado vendaje. Leo aceptó el jirón y con delicadeza tapó la herida. Pamela le sonrió, ruborizada. No era común que dejara que nadie la tocara así.

—Tenemos que encontrar una venda o algo para desinfectarla, pero servirá mientras tanto. ¿Podrás caminar? —preguntó Leo.

—Sí, pero ¿a dónde vamos a ir? Mira cómo están las calles.

Giró sobre su eje para tener una perspectiva completa y solo había vehículos en llamas, bloques de pisos y locales con cristales rotos, algunos echando humo y un ambiente de gritos, gemidos, amén de la presencia de un mal que parecía estar sobre todo.

—Las expectativas no son las mejores, es cierto. Imagino que, conforme nos alejemos de la ciudad, todo se tranquilizará —indicó Leo.

—No pienso ir a otro sitio que no sea zona norte. Mis padres están allí. Necesito saber que están bien.

—Tenemos que cruzar toda la ciudad para llegar hasta allí, no va a ser fácil.

—¿Vas a acompañarme? —preguntó tanto con recelo como sorpresa.

—Por supuesto. Tal y como está todo esto, sola no llegarás muy lejos —aseveró Leo—. Si en la ciudad hay bichos como los de antes, te vendrá bien la ayuda de un militar retirado como yo. Además, todos los del estudio están criando malvas, no hay nadie que me necesite más que tú.

—Gra-gracias.

Pamela realmente agradecía al veterano guardián su ayuda. No estaba muy segura de si él era alguien de confianza. Ella era una mujer guapa en una situación bastante delicada. Si alguien quería hacerle mal, no lo tendría muy difícil. Herida y desarmada. «Soy la presa ideal».

—No hay nada que agradecer —dijo, orgulloso de sí—. Ahora, antes que nada, busquemos unas tiendas. Te cambias de ropa, conseguimos algo de comida, te curas y, si tenemos suerte, encontraremos munición. Mucho me temo que esto no hizo más que empezar.